

Fenómenos extraordinarios

En la segunda mitad del año 1851, se sucedieron hechos importantes para mí.

La tarde del 20 de julio, ya estaba arreglada para salir y, de forma inesperada, se me rompió un pendiente, y ocurrió dos veces más, después de haberlos hecho arreglar. A la tercera rotura, **me rendí a la gracia** y prometí ante el crucifijo: **“Se acabaron mis rebeldías, ya no te seré infiel.” ¡Fue el momento de mi conversión!**

Días más tarde, el 13 de agosto, sufrí los dolores de la Pasión, y Jesús me pidió que fuera su esposa. Sin saber qué hacer ni qué decir, respondí: **“No soy digna, pero bien sabes, Dueño de mi alma, que deseo estar unida siempre a Ti”**. Y Él dijo: **“En adelante, serás Esperanza de Jesús, y yo, Jesús de Esperanza.”**

El 27 de agosto, después de comulgar, me vi rodeada de ángeles, se acercó uno, puso su mano sobre mi corazón y sentí una herida y un dolor penetrante, como un dardo de fuego, y caí al suelo. Ya en casa, vi agujereadas las piezas que llevaba puestas, y una herida profunda en el lado izquierdo. Respondí a la **transverberación**, con oración y penitencia.

EXPERIENCIA FUNDACIONAL

Septiembre, 1852. Después de comulgar, vi a Jesús maltratado por muchas mujeres. Él me miró, y dijo: **“Mira cómo me maltratan, sálvalas y alíviamelas. Quiero que fundes una Congregación bajo la protección del Corazón de mi Madre, con**

el fin de acogerlas y ganarlas para mí.” Y añadió la **Stma. Virgen: “Quiero que se forme, con el título de mi Inmaculado Corazón. Anímate, siempre seré tu Madre”**.

Yo luchaba por quitármelo de la cabeza, a la vez que Jesús repetía: **“No temas, yo te lo mando, cuando se levanta un edificio, la primera piedra está sin pulir.”** Y me iba mostrando el fin de la Congregación. En una ocasión me hizo ver a los que no conocen a Dios, y lo que más me partía el corazón era ver a los niños, como florecillas que no podían crecer en tierra agreste.

Por entonces, comencé a sentir afecto a cada mujer ‘necesitada’, como que ya me pertenecían.
(Continuará)

Esperanza de Jesús

Proceso de Canonización “Venerable Madre Esperanza González”

C/ La Liebre 3, 28043 - MADRID (España)
Tel. 91- 721 94 00

procesomesperanza@misionerasesclavas.es

Para contribuir con sus donativos,
pueden ingresarlos en “LA CAIXA”
Cta.: ES97 2100 0203 74 0103231370
o bien a la dirección del “PROCESO”

Sus datos figuran en el fichero automatizado de “Proceso de Canonización” Madre Esperanza González. Los interesados pueden ejercer su derecho de acceso, rectificación y cancelación, de acuerdo con la Ley Orgánica de Protección de Datos.

Edita MM. Esclavas del I. C. de María. D. Legal. L-812/94.
Lic. Eclesiástica. Imprime AJUGRAF. Gamonal 5 Madrid.

Venerable M. Esperanza González Puig Fundadora de las Misioneras Esclavas del I. Corazón de María



Oración para la devoción privada

Dios, Padre nuestro, que diste a M. Esperanza un gran amor a Cristo, al Corazón de María y a la Iglesia, que le llevó a entregarse generosamente a la promoción integral de la mujer marginada y a la educación de la niñez y juventud. Que su ejemplo nos impulse a amarte en los necesitados, y concédenos, por su intercesión, si es tu voluntad, el favor que hoy te pedimos, con la esperanza de que sea pronto incluida en el número de los santos.

Amén



Hoja del Proceso n.º 70

“LUZ QUE SIGUE BRILLANDO” Lérida 1823 - 2023

Querido lector:

Se cumplen **200 años** de mi nacimiento, y me gustaría contarte algo de mi vida. Nací **el 19 de mayo de 1823, en Lérida (España); al día siguiente recibí el Bautismo** y los nombres de María Esperanza, Josefa, Francisca; familiarmente, Esperanza.

El Señor me dio unos padres muy cristianos - Buenaventura y Antonia-, a los que bendijo con seis hijos, de los que sobrevivimos dos: Francisco, abogado y después sacerdote, y yo, la menor de todos. **En mi infancia, fui muy querida y cuidada por mis padres y por Margarita, la niñera.**

Según mi confesor, a la edad de 4 años yo tenía gran conocimiento de Dios.

A los 6 años, vi a Jesús con la cruz en la escalera de mi casa, y me dijo: **Quiero que me consagres tu vida.** Y desde ese momento, todo lo hacía para imitar a Jesús crucificado: oraciones, trabajos, sacrificios...

No me gustaba leer ni escribir, pero comprendí que mi poca aplicación disgustaba a mis padres, y **lo tomé tan en serio que, en ocho días, aprendí a leer yo sola.**

A los 9 años, mi confesor recomendó a mi madre que yo hiciera la primera Comunión. **Mi**

corazón se llenó de Alegría, me preparé con unos días de oración más intensa, y a partir de entonces, comencé a confesar y a comulgar quincenalmente.

Pero la vida de oración y sacrificio que llevaba, debilitó mi salud, y mis padres buscaron distraerme con las hijas de unos amigos; me ofrecían libros que no me hacían ningún bien, y **pronto comprendí que debía dejar esas lecturas y a las amigas.** Se lo comuniqué a mi madre, y así lo hice.

Por entonces, murió mi padre, yo tenía 12 años; nos quedamos muy solas mi madre y yo, cuando Francisco, ese mismo año, se trasladó a la universidad de Zaragoza.

Nunca dejé de confesar y comulgar, a pesar de mi distracción. Sentir el gran Amor de Dios y pensar que yo no le correspondía, me preocupaba, Él me había dicho desde la cruz: **“Mira cuánto he padecido por ti.”**

Esta primera crisis terminó a los 14 años, edad a la que hice voto de castidad ante el Cristo Hallado de la iglesia de San Lorenzo (Lérida). ¡Ya me consideraba toda de Dios!

A los 17 años, viendo gravemente enferma a mi madre, yo decía al Señor: **“Me quedo sola,**

como barca sin timón y sin remos”. Y me respondió:

“¡No!, te queda mi Madre como madre tuya”.

Yo la tomé por Madre y comencé a hacer más oración. El Señor me decía: **“Quiero tu corazón.”**

De los 19 a los 21 años, mi relación con Dios se enfrió a causa de la correspondencia con un joven desconocido. Y Jesús crucificado volvió a decirme: **“Mira todo lo que he hecho por ti, ¡no me ofendas!”**

Siguieron años de duda entre aceptar una proposición de matrimonio, o ser fiel a Dios, que me quería toda para Él. La lucha terminó en depresión que puso en peligro mi salud, pero **la Virgen era mi refugio, y ante una imagen del Corazón de María, experimenté su ayuda y protección de Madre.**

Fue la segunda crisis, yo la llamo “época de mala vida”, y me hizo más humilde y compasiva.

El 15 de octubre de 1850, fiesta de Santa Teresa de Jesús -a los 27 años-, comencé a hacer vida de religiosa en casa. Francisco, mi hermano, no entendía mi forma de actuar, y yo me sentía controlada e incomprensible; él, por entonces, se dedicaba a la enseñanza.